

IGLESIA-MUNDO EN EL DOCUMENTO «LA PRESENCIA DE CRISTO EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO»

I.—DEFINICION DEL PROBLEMA

El problema de las relaciones iglesia-mundo se presenta ante la necesidad de poner en contacto dos realidades aparentemente contrarias o excluyentes. La iglesia, como realidad humano-divina o como grupo de hombres nuevos que aceptan el hecho y la normatividad de la revelación de Dios en Jesucristo parece oponerse a aquella otra realidad, «el mundo», que vive con criterios distintos, que acentúa su autonomía, que no acepta esta revelación como norma última y que, en ciertos momentos de la historia, incluso se opone con violencia y pasión.

Aquí no pretendemos hablar en sentido «sociológico»; es decir, no queremos estudiar los problemas que surgen al relacionar dos «sociedades» o dos grupos de hombres organizados en sistemas autónomos y perfectamente visibles. Lo importante será analizar las implicaciones teológicas y descubrir los conflictos reales o aparentes que la relación iglesia-mundo presenta.

Los problemas surgen al acentuar ciertas dimensiones, tanto en el ámbito eclesial como en el mundo, que favorecen la incompatibilidad o la lucha entre estas dos realidades. Así, una concepción de la revelación predominantemente «sobrenatural» lleva de modo necesario a establecer la oposición con el mundo «natural». Por otra parte, una visión del mundo como «mundo de pecado» o «mundo de tinieblas» implica también un tipo de relación necesariamente conflictiva.

La historia del cristianismo es también la historia de esta

relación. Puede decirse que cada época ha tenido una manera de entender la relación Iglesia-mundo y ha sacado diversas conclusiones para aplicarlas a la organización eclesial, a la misión de la iglesia, a la valoración de la historia, de la política y de las realidades de este mundo. Así, puede hablarse de diversos modelos más o menos estereotipados que definen de modo distinto la relación iglesia-mundo. Estos modelos siguen, por otra parte, los vaivenes de la relación de lo divino y de lo humano en Cristo. Acentuación de «lo divino», acentuación de «lo humano», acentuación del aspecto dual de la realidad de Cristo. Así, puede hablarse de «*oposición radical*» entre la iglesia y el mundo; de «*acuerdo fundamental*»; de *síntesis* de los dos elementos; de «*dualidad de los dos reinos*»; de postura *conversionista* o transformadora que sin negar el peso del pecado ni la tensión existente entre los dos reinos busca de modo realista la transformación de la sociedad desde su mismo interior y desde sus propias estructuras¹. Calvino, el mismo Ignacio de Loyola, y muchas formulaciones actuales de la ética ecuménica pueden incluirse en este esquema doctrinal de aceptación del mundo, por una parte, y de trabajo intenso por hacer visible el reino de Dios en la tierra. Como veremos, el documento que nos ocupa se coloca también en esta perspectiva.

Además de considerar la historia de esta relación deberíamos también analizar todos los elementos teológicos que contribuyen a matizar y a sistematizar el esquema fundamental adoptado. Así, algunos elementos teológicos que deben estar presentes al estudiar la relación iglesia-mundo son:

a) El concepto de «razón», de «revelación» y su relación mutua.

b) La naturaleza, realidad y profundidad del pecado, tanto original como personal y estructural.

c) La realidad de la «ley» y del «evangelio» y sus mutuas relaciones.

d) La persona de Cristo como elemento esencial que pone en relación la creación, la redención y la acción del Espíritu Santo.

¹ Para una exposición sintética de estos diversos modelos, cf. Vall, H., 'Modelos históricos de inserción del cristiano en la sociedad', en *Boletín Informativo del Secretariado de la Comisión Episcopal de relaciones inter-confesionales* n. 9 (1979) 3-14.

Cada uno de estos aspectos es interdependiente y su conjunto constituye la base previa para entender adecuadamente las relaciones iglesia-mundo. El análisis de cada uno de estos conceptos teológicos no es posible, pero conviene no perder de vista todas estas implicaciones que inciden directamente en todo lo que podamos decir del «mundo», de la «iglesia» y de sus mutuas relaciones.

Por último, para acabar de definir el problema que nos ocupa, podemos señalar que estamos ante un tema primordial de la teología, es decir, la comprensión del ser cristiano, la realidad del hombre «coram Deo» y «coram hominibus». Es el tema de la auténtica sabiduría, opuesta a la sabiduría de este mundo. Es la tensión juanea del ser cristiano en el mundo pero sin ser del mundo. Es la paradoja luterana del hombre que vive bajo «dos reinos», tentado siempre de suprimir uno de ellos para poder afirmar el otro. Es la vida bajo «la ley» y bajo «el evangelio». Es también el tema de fondo de la divisa de Calvino «soli Deo gloria» y es, por último, el intento de toda teología por definir la vida cristiana *concreta* en un mundo *concreto*.

II.—«LA PRESENCIA DE CRISTO EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO»

A) SENTIDO E INTENCION DEL DOCUMENTO 2

Para comprender y valorar lo que se dirá acerca de la relación iglesia-mundo hay que concretar, ante todo, el sentido y la intención de este documento. Así, en la introducción se dice:

«El encuentro de Ginebra de 1968 escogió como tema para el *Vegelezang*. "la presencia de Cristo en la Iglesia y en el Mundo"... porque este tema parecía tener importancia no sólo para la salvación última del hombre, sino también para su vida y felicidad aquí y ahora» (5).

No se trata, por lo tanto, de plantear problemas periféricos de la teología o de iniciar discusiones inter-confesionales tam-

2. Las referencias al documento se pondrán siempre al lado del texto, entre paréntesis. Para señalar la diferencia con las notas a pie de página, éstas irán siempre en números volados.

bién periféricas, sino que se aborda de modo directo *el tema central de la vida cristiana*, la presencia de Cristo como presencia salvadora para el más allá y también para la felicidad «aquí y ahora». Esta presencia de Cristo equivale al tema reformado del «señorío de Cristo»³, pero dejando de lado posibles connotaciones de dominio o de poder que puede tener la fórmula «señorío de Cristo» (cfr. el llamado «Cristomonismo» de Karl Barth).

Se señala también que:

«la iglesia afronta hoy estos problemas de modo nuevo: las condiciones históricas que respiraron la formulación precedente de tales problemas han cambiado radicalmente; la evolución operada en el mundo reclama urgentemente la atención; y los logros de las ciencias históricas y de la exégesis bíblica exigen que se replanteen con nueva perspectiva las posiciones heredadas del pasado» (6).

Este enfoque nuevo no viene solamente exigido por un cambio «de las condiciones históricas», por la «evolución operada en el mundo» y por «los logros de las ciencias históricas y de la exégesis bíblica», sino también por el «interés común que tienen las iglesias por manifestar la actualidad de Cristo en el mundo de hoy» (4), es decir, por motivos de orden ecuménico y apostólico.

Aparece, además, a lo largo de este documento una valoración muy positiva del «mundo», visto desde una perspectiva trinitaria que unifica la creación, la redención y la acción del Espíritu Santo. Desde esta perspectiva de la historia trinitaria de Dios con el mundo⁴ la iglesia queda ciertamente relativizada, pero se realza como un valor primordial el ser signo visible de la presencia de Cristo.

De este modo, al insistir en la presencia de Cristo en el mundo y en la iglesia se posibilita una visión unificada de la realidad y ello como condición de posibilidad para unirnos dinámicamente al sentido último, pero escondido, de la historia.

3 Sobre la discusión «los dos reinos» de Lutero y el «señorío de Cristo», cf. la amplia bibliografía recogida en *Reich Gottes und Welt. Die Lehre Luthers von den Zwei Reichen*: Herausgegeben von Heinz-Horst Schrey (Colec. Wege der Forschung. Band VCII. Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstad 1969). Sobre todo pp. 381-513.

4 Moltmann, J., *Kirche in der Kraft des Geistes. Ein Beitrag zur messianischen Ekklesiologie* (Kaiser, München 1975) (ed. castellana por la ed. Sígueme).

Como el documento no pretende hacer un trabajo de síntesis, deberemos esforzarnos por conseguir cierta unidad sistemática para poder presentar con mayor claridad el tema de las relaciones de la iglesia con el mundo. Así, en primer lugar hablaremos de la iglesia; después, de la presencia de Cristo en el mundo; y por último, de las relaciones iglesia-mundo.

B) LA IGLESIA

a) *Eclesiología cristológica.*

El punto de partida general de las discusiones ha sido «el reconocimiento del hecho de que, en Jesucristo, Dios ha hecho causa común con la humanidad pecadora y mira a renovar el mundo. En consecuencia, todos los que se glorian del nombre de Jesucristo tienen como tarea común dar testimonio de este Evangelio» (13).

Esta orientación general que parte de la voluntad de Dios —del amor de Dios para con el mundo— concreta la norma última de la iglesia «de toda época y de toda cultura». Esta norma, ya en concreto es «*la misión y la tarea de Jesús*» (14). Por otro lado, se dice taxativamente que «en el diálogo ha reinado acuerdo sobre una *eclesiología presentada en una perspectiva netamente cristológica y pneumatológica*» (16). Con esto se tiene ya una norma objetiva (aunque aún de carácter general) para juzgar la legitimidad de las diversas formas que adopta la iglesia a lo largo de la historia, para «inferir las grandes líneas de la constitución de la iglesia» (18) y examinar si las estructuras eclesiales actuales corresponden a ellas. Por otra parte, esta fidelidad a «*la misión y la tarea de Jesús*» (14) condiciona toda la discusión sobre el valor de la Sagrada Escritura, sobre el papel de «*la palabra de Dios*» en la iglesia, sobre el problema del Canon, el valor de las «*confesiones de fe*» y el mismo tema de la infalibilidad (nn. 24-42).

b) *La esencia de la iglesia.*

El documento no habla de «*la esencia de la iglesia*», sino de algunos trazos esenciales de la iglesia, tomados del conjunto del Nuevo Testamento y que no se captan simplemente por una descripción histórica y sociológica (16). Aquí, tal vez más que en otros temas, se anuncian rasgos, se manejan imágenes y se recogen diversas afirmaciones programáticas sin pretender un desarrollo sistemático, salvo —tal vez— en lo referente a la Eucaristía (nn. 66-85).

Así, en primer lugar, la iglesia es Cuerpo de Cristo. Esto supone una íntima unión con Cristo. «Supone la experiencia de la muerte, de la resurrección y de la exaltación del Señor. Como Cristo mismo glorificado, así la iglesia no existe como Cuerpo de Cristo glorificado más que en el Espíritu Santo» (16).

Pero no hay que pensar en una total identificación. La imagen de Esposa (Ef. 5,25-32) señala precisamente esta dualidad esencial, el hecho de que la iglesia no puede identificarse totalmente con Cristo. Podría usarse aquí el concepto de Pueblo de Dios, aunque el documento no habla aquí en estos términos. Más adelante se dirá —subrayando la unidad con el mundo— que «la iglesia no existe al margen del mundo: más bien es una parte del mismo» (22).

La iglesia es también Creatura del Verbo (26), es decir, subordinada totalmente al acontecimiento fundamental «al mismo centro, es decir, a la salvación de Jesucristo» (33). La Iglesia es también Comunión organizada (55), «vive en una «koinonía», la de cuantos se necesitan los unos a los otros y se ayudan mutuamente» (53). Por ello «mantenemos firme que en la iglesia hay una presencia especial de Cristo... y que la iglesia es también objeto de una asistencia particular del Espíritu Santo, sobre todo en su servicio de la Palabra de Dios y de los Sacramentos (cf. Jn 14-16-25 s.); 15,16; 26,7-14)» (53).

Es en la Eucaristía, sin embargo, en donde más se revela el ser de la iglesia. Tomaremos solamente algunas citas:

«Y es participación de este misterio como la iglesia se edifica a sí misma como Cuerpo de Cristo» (81).

«En esta unión de la iglesia en la tierra con el Cristo resucitado y ascendido al cielo, unión que El mantiene por su comunión eucarística con nosotros, la iglesia queda hecha capaz por la gracia de participar en su misión de reconciliar al mundo» (85).

«La institución de la Eucaristía hace de la iglesia la comunidad de amor en la que se comunica esta potencia de la muerte y de la resurrección por mediación del único Intercesor ante Dios y el pecador» (86).

«La Eucaristía es fuente y criterio de renovación para la iglesia» (87).

«La Eucaristía es una expresión de la fe de la iglesia» (88).

«Por lo que a los aspectos visibles de la iglesia se refiere, la Eucaristía debería revelar al mundo la auténtica realidad de la iglesia. Debería, a la vez, permitir a la iglesia remitirse sin cesar a encararse con la visión de esta realidad. Pone, pues, a la iglesia en situación simultánea de revelar al mundo esta realidad y de darse a sí misma la forma que corresponde a esa misma realidad» (89).

Por ello, «la Eucaristía precisamente es la fuente de un exa-

men permanente de la organización y de la vida de la iglesia» (89).

En fin, «guiada por la obra de Dios en este mundo, y siendo el instrumento de Dios, la iglesia es de *naturaleza carismática*» (93). La Iglesia —se dice en otro lugar— «es una comunidad de adoración cuyas oraciones son inseparables de su servicio profético y diaconal» (59).

Por ello es *en la misma misión de la iglesia* en donde aparece en acción el propio ser de la iglesia y su referencia esencial a Cristo y al Espíritu Santo. «La iglesia es ministerial en todos sus miembros» (62), «la iglesia toda entera es apostólica» (93). Y «así como Cristo ha sido enviado por el Padre, así la iglesia ha sido enviada por Cristo. Pero esta misión de la iglesia no tiene otra referencia que la cristológica: el envío hecho por Cristo y todo aquello de que la iglesia está equipada a servicio suyo es también la obra del Espíritu Santo. La misión del Espíritu Santo forma parte de la construcción de la iglesia y de su ministerio y no sólo con vistas a asegurarle un funcionamiento eficaz» (93).

Este ser de la iglesia debe manifestarse en lo que hace, en lo que dice y «siendo lo que es». De esta manera, «viviendo como un pueblo nuevo, persuadido de ser grato a Dios en Cristo, la iglesia es un *signo eficaz* del amor de Dios por toda su creación y del designio liberador (de Dios) que alcanza a todos los hombres» (59). El carácter de signo eficaz condiciona todo lo que hemos dicho de la esencia de la iglesia. Por ello es conveniente detenernos un momento en esta misión propia de la iglesia.

c) *La misión de la iglesia.*

La misión de la iglesia ha quedado ya establecida genéricamente al principio del documento al decir que la tarea común de los cristianos es la de «dar testimonio del Evangelio» (13). Este principio básico se desarrolla en este párrafo:

«La iglesia no existe al margen del mundo: más bien es una parcela del mismo. Como tal, testimonia sobre la eficacia de la palabra y de la obra de su Señor. Es, al mismo tiempo, una manifestación anticipada de aquello a lo que Jesús destina a todos los hombres. En este sentido la iglesia existe enteramente para el mundo y, hasta en sus debilidades, ella es la sal de la tierra» (Mt. 5, 13). (22).

Por lo tanto:

1. La iglesia tiene también una relación esencial al mundo. «no existe al margen del mundo» y «existe enteramente para el mundo», como Cristo que existe enteramente «para la salvación de todos los hombres».

2. La misión que determina el mismo ser de la iglesia, condiciona también todas las estructuras y todos los ministerios de la iglesia.

3. Esta misión es doble:

a) «Testimoniar la eficacia de la palabra y de la obra de Cristo».

b) «Ser una manifestación anticipada de aquello a lo que Jesús destina a todos los hombres».

Para cumplir con esta misión de testimonio, el documento desarrolla el tema de la *autoridad doctrinal en la iglesia*, subordinada claro está a la Palabra de Dios, «ya que por la Palabra el Espíritu Santo conduce a la iglesia a la reflexión, a la conversión y a la reforma» (26) y, por otra parte, «no teniendo que enseñar más que lo que el Espíritu Santo les hace entender en la Escritura: esta escucha y esta enseñanza se hacen en relación viva con la fe, con la vida y, notablemente, con el culto de la comunidad de Cristo» (26).

La referencia constante al mundo tiene consecuencias en el momento de querer explicitar la normatividad de las «confesiones de fe»:

«Para su *testimonio en el mundo* (es decir, para cumplir su misión específica) la iglesia debe expresar siempre su fe por medio de confesiones de fe en las que interpreta *en el lenguaje de hoy* la Palabra de Dios, tarea que nunca se acaba. Una tal confesión de fe es siempre *la expresión de una experiencia de salvación*, tal como es vivida en la iglesia en un momento determinado de su historia» (35).

Es decir, a partir de una experiencia concreta de salvación (que se refiere naturalmente «al mismo centro, es decir a la salvación de Jesucristo» (33)), la iglesia debe hacer constantemente un esfuerzo de traducción *a la época y al momento cultural determinado*. De ahí se puede deducir que las necesidades del mundo, que los problemas reales planteados en el mundo: políticos, económicos, culturales etc. han de estar necesariamente presentes en la vida de la iglesia. La «agenda

del mundo» es también «la agenda de la iglesia». ¿Y esto por qué? Porque la iglesia no vive fuera ni al margen del mundo. Porque la salvación está destinada a «todos los hombres». Porque Cristo, cabeza de la iglesia es también «Señor del mundo». Porque el mundo es uno y porque el mundo tiene un único destino.

Por ello, la misión de la iglesia no acaba con un puro dar testimonio, sino que además debe ser «una manifestación anticipada de aquello a lo que Jesús destina a todos los hombres». Esta es la gloria y la tremenda responsabilidad de la iglesia y de todos los cristianos, porque —como hemos dicho— «la iglesia es ministerial en todos sus miembros» (62).

C) LA PRESENCIA DE CRISTO EN EL MUNDO

a) Principios generales.

El apartado sobre la presencia de Cristo en el mundo (nn. 43-49) presenta una serie de constataciones teológicas que intentan fundamentar y describir la acción de Dios en el mundo. Entramos aquí de lleno en un planteamiento trinitario y en un modo de reflexión que une la Creación con la Redención y con la presencia y actuación del Espíritu Santo. Los aspectos universales y totalizantes de la redención de Cristo deberán aplicarse también al sentido de la historia humana, porque «Cristo es el redentor del mundo en su totalidad» (44).

El punto de partida es una afirmación tajante:

«Dios está presente en el mundo como creador suyo, Aquél que le hace subsistir, el Señor de la historia que dirige todas las cosas como un Padre lleno de amor» (43).

Por otra parte:

«La presencia de Cristo en el mundo es una consecuencia de la continuidad de la acción de Dios en la creación y en la redención. Esta doble continuidad de Dios que actúa en la creación y en la redención está incluida en la Alianza establecida por Dios con Israel en el Antiguo Testamento, renovada y transformada en el Nuevo *con toda la humanidad*. La continuidad ha puesto un acento sobre las implicaciones políticas y sociales de la obra salvífica de Cristo así como sobre la fe como compromiso personal» (44).

Finalmente, siguiendo este esquema trinitario, se describe la función del Espíritu Santo en la creación, la redención y el sentido de la historia:

«Es por el Espíritu por quien Cristo actúa en la creación y en la redención. El Espíritu, en cuanto presencia del Señor resucitado en el mundo, afirma y manifiesta la resurrección y realiza la nueva creación. Cristo, que es el Señor de todas las cosas y que actúa en la creación, remite a Dios Padre, quien, en el Espíritu conduce y guía la historia en un desenvolvimiento que no está desprovisto de plan» (45).

De este modo, podemos establecer una íntima conexión entre el Dios Trino y Uno con la historia real de los hombres:

«En respuesta a la revelación de este Dios Trino y Uno, los cristianos afirman que la historia se desenvuelve conforme a un designio bien determinado y que desde este marco deben comprenderse las diferentes realidades de todas las actividades humanas» (46).

Así pues, podemos resumir con frases breves el denso contenido que acabamos de presentar:

1) Es el Padre lleno de amor quien dirige todas las cosas. *Por eso* puede hablarse de un designio bien determinado de la historia.

2) Cristo reconcilia toda realidad. «Es el redentor del mundo en su totalidad» (44). *Por eso* la redención tiene dimensiones universales y tiene «implicaciones políticas y sociales» (44).

3) «Es por el Espíritu por quien Cristo actúa en la creación y en la redención. El Espíritu, en cuanto presencia del Señor resucitado en el mundo, afirma y manifiesta la resurrección y realiza la nueva creación» (45).

4) La Alianza de Dios en el Antiguo Testamento queda renovada y transformada en el Nuevo «con toda la humanidad». *Por eso*, «es exegéticamente insostenible un monopolio eclesiológico de la presencia de Cristo como lo son las conclusiones que de él se derivan» (44).

5) Por lo mismo, fuera de la iglesia se encuentra también esta presencia y esta realidad cristológica. El Espíritu actúa también en el mundo. *Por eso* hay que buscar «nuevas maneras de expresar la implicación de Cristo en el mundo» (46).

6) La «secularización», derivada de tales afirmaciones, «ha dado a todos los aspectos de la vida *una autonomía*, cuya validez ha llegado a ser reconocida por la teología» (46).

Por eso, el problema del discernimiento de esta presencia

de Cristo en el mundo no puede soslayarse ni demorarse por más tiempo.

b) *El discernimiento de la presencia de Cristo en el mundo.*

Después de establecer estas verdades dogmáticas y decir que «estamos de acuerdo en que hay una presencia del Espíritu de Cristo en el mundo» (47) surge inevitablemente la pregunta clásica que siempre queda planteada a las iglesias y a los cristianos: «cómo y dónde podremos discernir esta presencia eficaz?» (47).

Todas las iglesias se ven enfrentadas a este problema, que en definitiva es la cuestión de la valoración cristiana de la historia y es un presupuesto para la inserción del cristiano en la sociedad. Esta pregunta puede también formularse de la siguiente manera:

1. «Buscamos su presencia en el plan o designio de Dios, cuya realización continúa El a través de toda la complejidad de la historia».

2. «Buscamos su presencia como Señor de la historia en esos movimientos del espíritu humano, y que, con o sin la asistencia de la iglesia, realizan los fines de su Reino».

3. «Buscamos su presencia en esos valores y esos modelos de vida que ha nacido del Evangelio, pero que están ahora inmersos en la conciencia pública y en las instituciones» (47).

La respuesta, al menos en este momento, es muy general, de modo que su aceptación no puede ser muy problemática. Las auténticas dificultades y divergencias surgirán (como en el caso de «la posibilidad de leer en el mensaje neotestamentario tomas de posición políticas concretas» (23) en el momento de determinar más estas afirmaciones generales:

1. «Cristo está presente en el pobre y en el desamparado que gritan por su liberación».

2. «El desafío, que el mundo lanza a la iglesia, y su llamada de socorro pueden ser a la vez un desafío o una interpelación de Cristo, quien, de ese modo, juzga a su iglesia, la exige obediencia y la llama a la reforma».

3. Cristo actúa y está presente «en nuestra propia vida», llevándonos al arrepentimiento, a la conversión, a la fe. antes incluso de que hayamos tenido conciencia de ello y de que hayamos respondido deliberadamente. Por lo tanto «estamos obligados a pensar que Cristo está actuando del mismo modo en la vida de aquellos otros a quienes la fe no se les sitúa sino en el porvenir» (48).

Consecuencias

«El cristiano que reconoce bajo estas formas la presencia y la actividad de Cristo se gozará de ello y estará dispuesto a colaborar con ellas» (49).

Es decir, los cristianos y la iglesia deben colaborar siempre con el fin que se pretende: «la salvación de los individuos» y «la transformación de la sociedad». Se trata «de participar del amor de Dios por el mundo que El ha creado y que se dedica a re-crearlo con el concurso de un pueblo consciente de su deber y sensible a este amor» (49). Por lo tanto, fuera «de los peligros demoníacos de una autonomía absoluta» (ateísmo total), «no hay dicotomía entre la respuesta personal de los cristianos al Cristo que hallan en la iglesia y su respuesta colectiva que junto con otros, cristianos o no, dan al Cristo que les confronta con el mundo» (49).

D) LA RELACION IGLESIA-MUNDO

La relación iglesia-mundo está determinada por la voluntad de Dios sobre el mundo. Esto es lo primario. La iglesia, que vive de esta voluntad, debe reconocerla y fomentarla tanto en su interior (en su ser y en sus estructuras) como en las relaciones concretas con el mundo.

De este modo, el documento comienza este apartado con una referencia expresa a la voluntad general de Dios para con los hombres:

«El Creador del mundo no quiere que la humanidad se destruya a sí misma por falta de libertad, de paz y de justicia (Ez. 18, 32). Al contrario, por la revelación de su voluntad, El lleva a la humanidad por el camino de la salvación y le ofrece en Jesucristo, una redención definitiva de todas las ataduras impías y la participación en su vida divina así como en su libertad» (50).

La elección «del antiguo pueblo de la alianza» continúa en el Nuevo Testamento. Pero este paso está marcado por la presencia de nuestro Señor Jesucristo.

a) *Fundamentos cristológicos.*

«En Jesucristo tiene lugar la reconciliación definitiva y, con ella, la llamada al mundo entero» (cf. 2 Cor. 5, 18-21). (51).

Por eso, la iglesia, que ha sido enviada por Cristo al mundo para testimoniar, ravorecer y trabajar para que este mensaje y esta realidad de liberación se propague y crezca, no puede prescindir nunca de esta realidad cristológica fundante. Por ello también, «la relación fundamental existente entre la iglesia y el mundo reside en Jesucristo, (que es) a la vez Cabeza de la iglesia y Señor del mundo (cfr. Heb 1,2 s.; Ap 17,14; 19,15 s.) (51).

Por otra parte.

«La iglesia profesa que Cristo es, El mismo, el portador del mensaje del imperio de Dios sobre la humanidad y la liberación de ella. La iglesia, *al dirigirse al mundo*, al llevar el Evangelio a los hombres, y al trabajar por realizar más justicia y más espíritu de reconciliación, y más paz, no hace con ello más que seguir a su Señor en los dominios que le pertenecen, aún sin saberlo los hombres, y en los que, de forma anónima, el está ya actuando» (52).

b) *La iglesia como «signo visible» y eficaz.*

«La iglesia ha sido fundada por Cristo para comunicar la vida que procede del Padre y está enviada para conducir al mundo en Jesucristo a su plena madurez para gloria y alabanza del Padre» (53).

Esta misión de la iglesia es también su exigencia más fundamental. De ahí puede deducirse todo: el ser de la iglesia, sus estructuras, su vida íntima, su «ser-para-el-mundo», su carácter subordinado a Cristo, los modos de realizar su misión y el contenido mismo de su predicación. Así se dice en el documento en frases cortas pero de amplias consecuencias:

«Ella, por tanto, está llamada a ser el testigo y el signo visible de la voluntad liberadora, de la redención dada en Jesucristo, así como del Reino de la Paz (que está) por llegar» (53).

Y las consecuencias concretas:

«La iglesia se atiene a esa tarea por medio de lo que hace y de lo que dice e, incluso, simplemente, *siendo lo que es*, puesto que su naturaleza es proclamar la palabra de juicio y de gracia y servir a Cristo en el pobre, en el oprimido, en el desesperado» (Mt. 25, 31-40). (53).

Sin embargo —y esto es importante— la iglesia no puede realizar esta tarea difícil sin fomentar una unión especial con el mismo Cristo. Por ello se dice a continuación que «la iglesia

se reúne para *adorar y orar*, para recibir sin cesar *instrucción y consolación* y para celebrar la presencia de Cristo en el sacramento» (53).

Por ello, la vida litúrgica —y en concreto— la vida eucarística es también condición esencial para realizar en el mundo esta función evangelizadora y testimonial. La iglesia debe vivir «en una *koinonía*».

Así,

«la iglesia no puede, pues, responder a su vocación más que impregnando su estructura y su vida de *amor* y de *libertad*» (54).

Antes —número 22— se había dicho que la iglesia no es sólo un testimonio sobre la eficacia de la palabra y de la obra de su Señor, sino que «al mismo tiempo, es *una manifestación anticipada de aquello a lo que Jesús destina a todos los hombres*».

Con ello puede verse la fuerza que la misión propia de la iglesia debe tener también para su propia vida interna y para los cambios que siempre se le exigen. Para ser signo eficaz y visible de la presencia de Cristo en el mundo, la iglesia no puede «replegarse sobre sí misma» y encadenarse a estructuras caducas (59). Esta necesidad de transformarse por fidelidad a la Palabra, queda desarrollado en los números 61-65, y consiste en:

1. no olvidar ni el carácter local ni la catolicidad de la iglesia (61);
2. tener en cuenta la gran variedad de situaciones. Ello implica una descentralización y una mayor participación del laicado en todos los niveles (62);
3. no ahogar por precipitación nuevas expresiones de vida espiritual y formas espontáneas de comunidad (63);
4. «el cambio de la iglesia, manteniendo su fidelidad, debe ser reconocido como correspondiente al carácter histórico de la misma» (64).

Esto supone un continuo esfuerzo para estar auténticamente en el mundo y tener siempre «en cuenta los diversos contextos socio-políticos y culturales en los que estaba reconocida y confesada la presencia de Cristo» (65).

c) *Oposición al mundo.*

Por todo lo dicho —«presencia de Cristo en el mundo»— podría parecer que el documento solamente emplea un con-

cepto de mundo en sentido positivo. El mundo, como creación de Dios, es necesariamente algo bueno. Sin embargo, este «aquí y ahora» (5), «todos los hombres», «la humanidad», «la historia» necesitan también la redención y la liberación del pecado.

Este mundo, opuesto a Dios, se describe brevemente como:

- «peligros demoníacos de una autonomía absoluta» (49);
- «ataduras impías» (50);
- «lugar de 'explotación', 'opresión', 'manipulación', 'coacciones espirituales o políticas' de todo género» (55);
- «injusticias o abusos determinados» (57).

Por ello, la vida de la iglesia no puede ser sólo una vida piadosa y tranquila. La presencia de Cristo en el mundo es, muchas veces, ahogada por el pecado del hombre, por el egoísmo y por su falta de escrúpulos. Por lo tanto:

«Como comunión así organizada, la iglesia está en oposición con las estructuras de los diversos sectores de los diversos de vida de la sociedad secular moderna: en oposición a la explotación, a la opresión, a la manipulación, y a las coacciones espirituales o políticas de todo tipo. Rehacer comunidades cristianas que fueran formas auténticas de vida tendría también una influencia en otros sectores de la vida social y política» (55).

Por lo tanto, ni los cristianos ni las iglesias pueden rehuir su propia responsabilidad política en la marcha de la historia. Está en crisis, señala el documento, el compromiso cristiano en forma de partidos políticos, de asociaciones profesionales, de sindicatos y de otras cosas semejantes (56). Pero esto no obsta para que «las autoridades eclesiásticas oficiales deban preguntarse en conciencia si y dónde el Señor les impone un deber de intervenir públicamente con una palabra profética y pastoral. Un tal deber les corresponde sobre todo cuando ningún otro levante la voz contra injusticias o abusos determinados» (57).

De este modo, la iglesia debe llegar a ser «manifestación anticipada de aquello a lo que Jesús destina a todos los hombres» (22), es decir, a ser ella misma y hacer crecer en el mundo la justicia, la reconciliación, la paz, la vida, la liberación, la redención, la comunión, la buena nueva de la salvación dada por Dios. No hay que olvidar que «Cristo nos envía al mundo como portadores de un mensaje de nueva vida y de vida comunitaria en comunión con El» (74).

III.—CONCLUSIONES

No podemos acabar este comentario sin señalar algunos valores dogmáticos y consecuencias éticas que aparecen a lo largo de todo el documento. También queremos señalar ciertos puntos de especial valor y —por qué no— algunas limitaciones que provienen sobre todo del carácter necesariamente limitado y sintético de esta declaración.

A) VALORES DOGMATICOS

a) El documento parte de *la voluntad salvífica de Dios*, es decir, del misterio trinitario. Esto se realza acentuando la relación estrecha entre la Creación, la Redención y la acción del Espíritu Santo. Por otra parte, esta voluntad salvífica de Dios se dirige de modo directo al conjunto de la humanidad. En definitiva es «el mundo» el beneficiario y el término de la acción de Dios. Por ello la historia debe tener un sentido y supone un proceso positivo.

b) El documento insiste en *una visión unitaria de la realidad*. La doctrina de la creación y de la alianza son el soporte doctrinal de esta visión unitaria. La presencia de Cristo, cabeza de la iglesia y señor del mundo, es una consecuencia de la continuidad de la acción de Dios en la creación y en la redención. La iglesia, como signo visible, debe ser una manifestación anticipada de aquello a lo que Jesús destina a todos los hombres. Por otra parte, tampoco hay que establecer dicotomías entre el «aquí y ahora» y «el más allá». La auténtica vida del hombre comienza ya en este mundo. La historia adquiere así su pleno significado.

c) La iglesia aparece siempre subordinada a la Palabra. De ahí la necesidad continua de conversión y de cambio. Pero esta iglesia está al servicio del mundo, proclamado la Palabra, anticipando el Reino de Dios, viviendo la auténtica «koinonía» y acentuando también su papel de diaconía y de profecía. Por otra parte, la realidad del mundo condiciona la vida y las mismas estructuras de la iglesia, en el sentido de que esta vida y estas estructuras deben ser diáfanas, deben manifestar claramente el ser y la misión de la iglesia. La iglesia no existe únicamente para sí misma, sino que todo su ser es relacional. Por tanto, las diversas épocas de la historia, las diversas culturas humanas y los distintos lugares geográficos

deben tener una incidencia directa en las formulaciones de fe («Confesiones de Fe») y en el modo de proponer el mensaje de salvación.

d) Por último, hay que señalar la importancia dada a *la acción del Espíritu Santo* que no sólo actúa dentro de la iglesia, sino en todo el mundo y en las formas más diversas. La iglesia deberá, por lo tanto, descubrir esta presencia del Espíritu y colaborar con todos los movimientos, tendencias e ideales influidos por el Espíritu.

B) CONSECUENCIAS ETICAS

a) El cristiano —y la iglesia— debe luchar decididamente contra el pecado en el mundo. Pero el pecado se concreta ante todo y sobre todo en la «injusticia», bajo todas sus formas. Cristo es el redentor del mundo en su totalidad.

b) La iglesia, al dirigirse al mundo, debe «servir», siendo «testigo», siendo «signo visible» y eficaz del amor de Dios por toda su creación, procurando anticipar el Reino de Dios que es esencialmente reino de paz y de concordia.

c) Por lo tanto, las situaciones socio-políticas no son algo que cae al margen de los intereses y de las preocupaciones de la iglesia. La Buena Nueva tiene inevitablemente consecuencias políticas, sociales y culturales, precisamente porque es Buena Nueva para hombres concretos que viven y sufren en situaciones concretas. Toda abstracción es peligrosa y puede falsear enteramente el sentido y las exigencias evangélicas. El Señor impone, a veces, el deber de intervenir públicamente con una palabra profética y pastoral.

d) La «Eucaristía», la «koinonía», la oración y todos los aspectos más trascendentes de la iglesia no son nunca evasión del mundo, sino un modo de vivir que manifiesta que la iglesia es signo eficaz de la presencia de Dios en el mundo.

C) VALOR Y LIMITES DEL DOCUMENTO

El valor y los límites de este documento residen en su mismo carácter de documento ecuménico. Se trata del resultado final que señala el consenso entre teologías diversas e, incluso, entre visiones confesionales diversas. No se ha pretendido establecer un balance total de las convergencias y divergencias entre la iglesia católica y las iglesias reformadas. Por lo mismo, no hay que esperar en este primer documento

conjunto todos los elementos teológicos implicados en los problemas tratados. Las afirmaciones son lo suficientemente generales para establecer un acuerdo de principio (lo cual es definitivo!), pero se dejan en la sombra detalles y derivaciones concretas que manifiestan la unidad *aún no alcanzada*.

— *Valor del documento.*

a) El primer valor fundamental del documento es el hecho mismo de su realización. Con él se concreta un largo proceso de colaboración teológica entre la iglesia católica y la alianza reformada mundial. Este primer paso, prescindiendo del grado de unidad conseguido, es ya *un hecho* teológico importante.

b) Un elemento importante que recorre todo el documento es la valoración positiva del «mundo». Es una visión realista—no clerical— que busca la unidad de todos los hombres dentro del único plan de Dios para la historia. Esta valoración se consigue:

— a partir de la voluntad salvífica de Dios respecto al «mundo».

— al acentuar la unidad entre la creación, la redención y la acción del Espíritu Santo también fuera de la iglesia.

— al aceptar la presencia de Cristo no sólo en la iglesia, sino también «en el mundo».

— al presentar y estudiar la iglesia no de modo aislado, sino «en el mundo», como parcela del mismo. Con ello se consigue evitar un aislamiento clerical de la iglesia y realzar su conexión con la historia real de los hombres.

— al definir la misión de la iglesia con una referencia esencial «al mundo», llevando el Evangelio a los hombres y trabajando por realizar más justicia, más espíritu de reconciliación y más paz.

c) Junto a estos elementos, hay que colocar la valoración positiva de la historia, la convicción teológica de la existencia de un sentido último bien determinado por el Dios Trino y Uno, por Cristo «redentor del mundo en su totalidad» y por el Espíritu que conduce y guía la historia en un desenvolvimiento que no está desprovisto de plan» (45).

d) Valoración positiva de las situaciones geográficas, temporales, culturales y políticas. Esto fundamenta, al mismo tiempo, la legitimidad de cambios en la iglesia con el fin de ade-

cuar la teología, la predicación, las confesiones de fe y las mismas estructuras (no esenciales!) de la iglesia a cada época *distinta* de la historia.

e) La dimensión eucarística y espiritual de la iglesia, que por ello «queda hecha capaz por la gracia, de participar en su misión de reconciliar al mundo» (85).

f) La iglesia como servidora del destino final de los hombres y como signo visible de este destino.

Todos estos elementos se integran mutuamente y fundamentan la relación positiva de la iglesia con el mundo. Al mismo tiempo, es indudable que el documento acentúa todos los elementos dinámicos en el mismo interior de la iglesia con el fin de que ella cumpla su misión específica de servir a los hombres, de acuerdo con el mensaje evangélico. Por ello se habla de una eclesiología cristológica y pneumatológica.

— *Límites del documento.*

Es difícil y expuesto querer criticar un documento elaborado durante años por conocidos especialistas en teología ecuménica. Así pues, no se trata aquí de minimizar el valor de lo dicho hasta ahora ni mucho menos de señalar «errores» teológicos. Se trata de indicar algunos puntos menos elaborados que repercuten en el mismo resultado final, en la profundidad y en la claridad del consenso alcanzado.

Doctrina del pecado.

El pecado del hombre, el mal y la injusticia, aparecen sin duda a lo largo de todo el documento. Con todo, la fuerza del pecado personal y del pecado estructural no aparecen en todo su dramatismo. El tono general es optimista, muy lejos de la «theologia crucis» luterana. La confianza y la seguridad que vienen de la redención de Cristo domina toda la exposición. Ello hace que «el mundo» haya sido valorado de modo muy positivo, minimizándose el peso del pecado que aparece tanto en la acción humana como en las «ideologías». La misma realidad del «poder» como elemento constitutivo y *ambiguo* del mundo está poco subrayado. Esta visión optimista de la historia no se detiene en las ambigüedades que esta misma historia contiene.

Lo mismo podría decirse de temas tan importantes (en

conexión directa con lo que decimos) como el «Reino de Dios» y la Escatología. El documento parece demasiado general, falta de análisis y de contenidos más concretos.

Discernimiento de la acción de Dios.

Esta generalidad (¿relativa?) aparece de modo claro en el tema del discernimiento de la acción de Dios en la historia y de la presencia del Espíritu en el mundo. Lo que se afirma es claro y es también importante. Pero la división y las dificultades reales vienen precisamente en el momento de las opciones concretas. En este sentido hay que preguntarse si este documento hace avanzar la discusión ecuménica sobre este tema conflictivo ⁵.

Estos son —dejando aparte el tema razón-revelación y la misma cristología— los límites que quiero subrayar, sabiendo por otra parte que estos límites son inevitables en todo documento ecuménico, que nunca representa un paso definitivo sino un ligero avance en el proceso de acercamiento de las iglesias. Con todo, el documento «la presencia de Cristo en la Iglesia y en el Mundo» contiene muchos elementos positivos sobre el mundo, la iglesia, los ministerios y la Eucaristía que representan ya una base amplia de acercamiento de las dos confesiones. Después del trabajo de los teólogos es obligación de los responsables de la iglesia católica y de las diversas iglesias reformadas definirse abiertamente sobre el valor de esta unidad alcanzada.

HECTOR VALL

Facultad de Teología de Barcelona
(Sede S. Cugat del Vallés)

⁵ Estoy pensando en este momento en el documento *Dios en la naturaleza y en la historia* (texto francés en *Nouveauté dans l'œcuménisme*, Les presses de Talzô, 1978, pp. 8-51), en todo lo dicho en la Conferencia *Iglesia y Sociedad* de Ginebra 1966; en la Conferencia de *Fe y Constitución* de Lovaina 1971, etc. Cf. también *Concilium* 138-B (1978) 279-305.